



Central City Catholic Parishes
All Saints, St. Martin de Porres, St. Michael and St. Rose of Lima

Domingo de Pascua de 2026

Queridos Amigos y Amigas:

¡Aleluya! ¡Ha resucitado! ¡Aleluya! ¡Aleluya! Esta es la esperanza firme y cierta que constituye nuestro horizonte, nos mantiene fuertes y nos impulsa a seguir adelante. Tras haber orado durante estos días santísimos del Jueves Santo, el Viernes Santo y el Domingo de Resurrección (el «Triduo»), nos renovamos en nuestra fe de que el amor de Dios, revelado en Jesús, es tan poderoso que vence hasta a la muerte.

El Triduo es una parte singularmente rica de nuestra vida litúrgica, en la que nuestras oraciones y celebraciones en torno al Misterio Pascual resultan especialmente tangibles y personales. El Jueves Santo experimentamos el choque de ver a Jesús ser apresado inmediatamente después del íntimo gesto del lavatorio de los pies. El Viernes Santo escuchamos a la multitud gritar: «¡Crucifícalo!», para luego tener la audacia de adorar la cruz en la que nuestro Salvador fue colgado como un criminal. Lo hacemos porque sabemos que fue de esa cruz de donde brotó la sangre de «la nueva y eterna alianza».

El lenguaje bíblico de la alianza hace referencia a la promesa de fidelidad de Dios, la cual se cumple de una vez para siempre en la vida, muerte y resurrección de Jesús. Por esta razón, a partir de la Vigilia Pascual, celebramos con júbilo compartiendo la luz de la nueva vida que tenemos en Aquel que ha resucitado, quien nos ofrece rumbo y esperanza. A lo largo de varias semanas seguiremos celebrando nuestro bautismo mediante el rito de la aspersion (¡especialmente cuando yo presida!). La resurrección de Jesús es la consumación del amor y la misericordia de Dios hacia nosotros, y es imposible que no nos transforme. Le invito a dedicar un tiempo a reflexionar sobre cómo usted ha sido/a «renovado/a» hoy —en este preciso momento de su vida— gracias a la resurrección de Jesús.

En este espíritu, permítanme concluir con una cita del Papa Francisco:

Dios no se cansa nunca de perdonar, somos nosotros los que nos cansamos de acudir a su misericordia. Aquel que nos invitó a perdonar «setenta veces siete» (Mt 18,22) nos da ejemplo: Él perdona setenta veces siete. Nos vuelve a cargar sobre sus hombros una y otra vez. Nadie podrá quitarnos la dignidad que nos otorga este amor infinito e inquebrantable. Él nos permite levantar la cabeza y volver a empezar, con una ternura que nunca nos desilusiona y que siempre puede devolvernos la alegría. No huyamos de la resurrección de Jesús, nunca nos declaremos muertos, pase lo que pase. ¡Que nada pueda más que su vida que nos lanza hacia adelante!

- Evangelii Gaudium 3

Suyo en el Señor Resucitado,

P. Michael Wolfe, Párroco